

Queridos Bosques

Por: Teresa Villarino Valdivielso



Arbol tozudo trepando por la roca, cuya base se le ha usurpado con el cereal.

"Care silva", queridos bosques, así comienza Häendel un aria de su preciosa ópera *Atalanta*; también muchos cuentos tradicionales empezaban "Erase una vez un bosque encantado..." y eso nos enganchara a su lectura, y nos hacía sus cómplices. En la pasada sociedad rural al monte le debían, entre otras muchas cosas, el calor del invierno, el frescor del verano y el placer de los sentidos. La gente quería al bosque y el bosque no ardía tanto.

Ahora cada día hay un incendio. Hacemos que nos irritamos, pero fuera de la truculencia de la noticia, no nos importa más. Se ha repetido hasta la saciedad los millones de hectáreas incendiadas, las pérdidas económicas, las ecologistas, el número de muertos, y como si nada. Solamente nos quejamos, sin pensar que el 95% de los incendios son, directa o indirectamente, provocados por el hombre. Se han buscado causas, soluciones, culpables, pero nos tranquilizamos haciendo campañas y echándonos la culpa unos "colectivos" a otros, o "buscando" al pirómano.

¿Y si probásemos otra terapia? ¿Y si nos tirásemos, por ejemplo, por el camino del conocimiento y del amor? Porque, ¿fomentamos el aprecio del bosque?, ¿enseñamos a nuestros hijos, así en general, a amar el árbol? Creo que no.

El árbol no es querido y en muchos lugares sólo se recuerda por los topónimos. En Castilla, que lleva tiempo perdiéndolos, hasta la concentración parcelaria, no siempre acertada, ha acabado con hileras,

grupetes e incluso ejemplares aislados que eran un hito en ese hermoso paisaje de escasas y puras líneas.

Ya antes, los técnicos del gobierno de Primo de Rivera mandaron talar los árboles que jalonaban y embellecían las cunetas de aquellas entrañables carreteras, porque decían que eran causa de accidentes. Ahora, los imprescindibles ensanchamientos también se los llevan por delante; pero sin ellos también nos matamos, aunque menos románticamente, contra esas feas y metálicas biondas, porque contra algo hay que morirse.

Si retrocedemos más, en tiempos pasados también se han arrasado montes, se han cortado bosques para carbón, para la industria, para cultivar algo, cuando el hambre, pero eso era paulatino, lento, quitó esto pongo lo otro. El hombre se incorporaba a la evolución, no era su enemigo, y se relacionaba mejor con los dioses del territorio.

Había un rey del verano que plantaba

su tienda en un claro del bosque y desde allí, además de rozar con su mano las mejillas de las mozas que pasaban, controlaba el ir y venir de las gentes por su paisaje, sus ritmos y su equilibrio: señalaba el lugar donde poner sus casas a las nuevas parejas, dónde abrir nuevos caminos para transportar la uva o cómo y cuándo quemar los rastrojos. El rey del otoño, que llegaba con las primeras hojillas pardas en los caminos, decía dónde cortar leña para el fuego o qué árboles talar para sembrar al año siguiente si la cosecha había sido escasa, y así con los reyes del invierno o primavera. Y durante siglos no pasó nada o casi nada, era todo asumible.

Con el tiempo, el hombre "progresó", concretó su mente e ideó la pantalla (del televisor, del ordenador) que le fue secando la imaginación y de la que desaparecieron los reyes, o quizá dieron paso a otros como el del plástico, y ahora, parece ser, el del fuego, el de la urbanización voraz, y el árbol es muy poco.

Y para ilustrar lo que digo relato dos breves sucesos.

Dejaba yo una ciudad catalana, la primavera pasada a donde había sido invitada para que me playase en eso del paisaje, y me iba tan contenta por la cara de comprensión y complicidad que creí advertir en el auditorio. Al salir del recinto, una masía muy acogedora, con alguien del auditorio que me llevaba a la estación, comentó: "qué bonita y grande es la finca". "Pues antes era más", me contestó, "ya que este erial por el que pasamos estaba plantado de avellanos y tilos en los caminos, y los cortamos". "¡Ay! que pena", balbucí, pensando en el vacío que habían dejado aquellas formas, olores, colores... Me sacudió la voz del interfecto que decía: "sí,

Dr. Ingeniero de Montes

era una pena, porque no producían nada y gastábamos mucho, cuando bajó la ave-llana los cortamos". Me quedé muda para un rato.

Ahora vengo de perder la batalla en el pueblo de un familiar, situado en la dura y seca Castilla. En la puerta de la casa, no hace mucho, habíamos puesto una acacia, creo que la única sombra del pueblo, desde que se murió el olmo de la plaza y le troncharon a un alcalde los chopos de la fuente; y crecía rápida. Después de varios intentos de los vecinos para convencerme de que la cortara porque: quitaba el aire, la vista, no estaba bien formada, levantaba los cimientos y otras sinrazones, el signo de los tiempos ha podido con ella. Al cementar las calles, antes preciosas calles empedradas, nos han hecho el favor de cementarnos el sitio donde estaba el árbol, para lo que se hizo necesaria su corta. Ya se puede barrer el pueblo hasta con máquina.

Y ¿por qué cuento ésto? Porque si seguimos desconociendo, despreciando y maltratando nuestros bosques tendremos mucho perdido. Quiero dedicar el espacio que me resta a lo que debemos hacer **LOS QUE NO PODEMOS HACER NADA**, o sea los que metemos la botella de agua en la cisterna, o nos crispamos por cada olor a chamusquina. Podemos hacer algo, fácil y baratito; podemos contar, sensibilizar a otros, dar a conocer cada uno lo que sepa, porque al fin y al cabo, casi siempre, la estupidez y la barbarie tienen su base en la incultura y en la falta de formación, por no citar el egoísmo, ya que "pensar globalmente, actuar individualmente", es un principio de difícil aplicación. Por eso, y aunque parezca obvio, quiero llamar la atención sobre los valores del monte: productor, protector y social, que no todos conocen.

Por ejemplo, un familiar, de letras para su descargo, me decía un día, creo que para sacarme del sopor de la tertulia-siesta, "pero ¿qué tiene el monte, más que maleza, arañas, mosquitos y riesgo de incendio?" Lo malo es que no me parece una opinión aislada. Sin embargo pocas cosas nos dan tanto como *el bosque*.

Aunque, sobre todo, el bosque es vida, armonía y belleza, son muchas las rentas directas que producen los montes: madera (si son arbolados), leñas, resinas, ganadería, caza, aromáticas, medicinales, culinarias; pero también proporcionan bienes intangibles como son el confort climático, recreo, bienestar, limpieza de contaminaciones, reserva genética y paisaje, ese incomparable paisaje que se percibe con todos los sentidos. No todas se dan siempre, pero sí una que estimo como la más importante: **LA PRODUCCION DE AGUA**, hacia la atmósfera y hacia los acuíferos, papel que hay que reconocer a los propietarios.

Y sobre esto hay que meditar, porque casi el 50% del territorio español es un desierto y las primeras lluvias arrastrarán millones de litros de agua y de toneladas de tierra vegetal al mar, al no tener cubierta que frene y proteja el suelo y ayude a percolar el agua al subsuelo. La erosión avanza y la vida silvestre se hace más difícil. El agua escasea y empezaremos a dudar de que el agua empieza en el grifo. Además, como estamos en España, territorio que hemos ido desertizando, la función protectora del monte, supera, en general, a la social incluso a la de producción, ya que cumple un papel singular en la lucha contra la erosión y el control de riesgos. La masa vegetal es capaz de mantener por adherencia gran cantidad de agua y, si no

existe, el agua se desliza rápida, arrastrando materiales y puede anegar valles, destrozando cultivos, provocar daños a la comunidad piscícola, a las vías de comunicación, al hombre, y terminar en el mar, o lo que es peor, aterrando los embalses, que si es verdad que hay alguno al 1% de su capacidad, también lo es que otros, en poco tiempo, ni siquiera tendrán esa cabida útil.

También el bosque nos da *paisaje*, nos ofrece todos los paisajes; el de la vista tan evidente y abundante, el del oído, ¿quién no ha idealizado un paisaje oyendo el sonar del agua, del aire o los trinos de ese pájaro que hemos descubierto?, el del tacto al pisar una praderita en un claro, las hojas secas o el musgo; el del olfato con ese aroma afrodisíaco de las flores de retama o brezo en primavera, o el frescor del atardecer en otoño, y el del gusto cuando, además de percibir todo lo anterior, descubrimos una minúscula fresa salvaje en una umbría y al metémosla en la boca se nos llena de todos los aromas del paraíso.

El bosque siempre es bello y cuanto más completo, más maduro, más armonía y más belleza; y siempre archivo de la historia y evolución del lugar.

Este paisaje también arde, el fuego acaba con él y no es que detraiga su calidad, el incendio lo destruye de una forma irreversible y cuanto más valioso era más desolador es el resultado. Hay que empezar por el suelo y, para desanimar, se sabe que un centímetro tarda en formarse 400 años.

Claro que para el goce del paisaje no son suficientes los ojos que miran e incluso ven, hace falta conciencia para contemplar, y eso es cultura.

Hace unos años yo pensaba cada vez que olía un fuego; ¡que imprudencia!; pasó el tiempo e irritada gritaba: ¡que barbarie,



Preciosa carretera entre árboles, para discurrir tranquilo y plácidamente.



Arbol en mediana que espera ser sustituido por el hormigón de la cuneta.

que estúpidos somos! Ahora creo que es la *incultura*, la falta de formación, y de lucidez, lo que no nos deja ver el bosque. Y esa incultura me crispera más.

El ecólogo Fernando González Bernaldez, ya fallecido, me alertaba en un viaje a Extremadura de esa causa perdida que es el aprecio por el paisaje, de la desaparición irreversible de tantos encinares que se roturaron para sembrar, tierras que ahora habrá que abandonar. Y los olivos que habrá que levantar porque sobra aceite, y los viñedos sin cuyo color nos quedaremos porque sobra vino. No obstante, el paisaje aun puede ser nuestro recurso más abundante, el menos explotado; y la gente, tanto la de dentro como la de fuera, ya pide calidad en su entorno y además en su ocio. Porque un paisaje de calidad indica un ambiente de calidad, y eso vale dinero porque tiene demanda.

El paisaje es un recurso socioeconómico soporte de un turismo rural, única perspectiva de muchas de nuestras comarcas, y dinamizador de otras que tienen que diversificar rentas. Sería una pena que nos diésemos cuenta tarde, *como siempre*.

Para respetar y mantener este espacio —casi el 50% del territorio es forestal— conviene empezar desde pequeños y para eso deberíamos contar a los niños, como antes, cuentos que se desarrollen en bosques de hayas, en ríos cantarines, y alguno menos en naves espaciales o en territorios calcinados por la guerra, con entes todopoderosos que destruyen con solo extender el brazo. Hacerles oír además de "todo el sábado me lo voy a pasar privando en mi casa hasta reventar..." o el monótono "zum-zum" del "bacalao", alguna musiquilla que estimule su sensibilidad hacia la Naturaleza; una sinfonía, un concierto clásico, un libro, o un simple poema que ponga en marcha sus más nobles entresijos. Enseñarles el placer de dibujar un frondoso castaño, un potente roble o un campo de amapolas, además de los consabidos robots, guerreros, etc. Y llevarles a pasear, además de la vista por el ordenador, por el campo, por el paisaje.

Después, de mayorcitos, les haremos ver que si van de excursión, es más satisfactorio llevarse un bocadillo y unas almendras, que la parrillada de chuletas; y menos agresivo y más placentero escuchar desde el silencio al cantar del viento o de una cascada, que el bramido de una moto, ladera arriba.

Y, finalmente, habrá que convencer a los propietarios y conseguir de la administración, que en vez de una ínfima parte de las rentas directas, les van a llegar otras por el mero hecho de *mantener* el bosque. Si se amenaza con "el que contamina paga" ¿por qué no se promete "EL QUE CONSERVA COBRA", y por tanto una rentabilidad inducida por la simple existencia del monte? Ello no significa "no hacer nada", sino una exigencia de buen manejo.

Esto, en vez de inquietar a los gobiernos, puede ser una oportunidad, un grano más para el bolsillo de los que deben quedar en el agro para que pueda haber ese imprescindible equilibrio territorial, del que tanto se habla: el hombre rural guardián de la naturaleza.



Algunos pueblos aunque tienen monte conservan la reliquia del olmo como un testimonio entrañable.

SEO/BirdLife apoya el Laboreo de Conservación

La Sociedad Española de Omitología (SEO/BirdLife), de acuerdo con sus objetivos de conservación de todas las especies de aves silvestres y su hábitat, así como de contribución a una agricultura sostenible, manifiesta su apoyo al "Laboreo de Conservación" en cultivos agrícolas.

Se considera "Laboreo de Conservación" la sustitución del labrado por el tratamiento con herbicidas de Baja Peligrosidad para personas y fauna terrestre, de forma que al menos un 30% de la superficie del suelo quede cubierta por restos vegetales (rastrojo, hierbas, etc.).

El apoyo de SEO/BirdLife a esta técnica se debe únicamente a que el "Laboreo de Conservación" ha mostrado ser más compatible con la conservación de las aves y la biodiversidad, que las labores tradicionales. El labrado tradicional de los rastros provoca la disminución de la cantidad de semillas disponibles durante el otoño e invierno para las aves, y en ocasiones la destrucción de nidos, cuando las labores agrícolas se realizan durante la época de cría de las aves.

SEO/BirdLife es una sociedad científica y conservacionista sin ánimo de lucro, que en España agrupa más de 3.500 socios. SEO es el representante en España de BirdLife Internacional, primera autoridad sobre las aves del mundo y su hábitat, que sólo en Europa cuenta con 1.500.000 socios.

Para más información sobre SEO/BirdLife, dirigirse a:

SEO/BirdLife
Facultad de Biología
28040 MADRID
Tel.: 91-549.35.54